

Los avatares de la convertibilidad

Convertibilidad. He aquí un tecnicismo económico que ha cambiado enteramente de sentido después de la primera guerra europea. Se aplicaba exclusivamente, antes de 1914, a la facultad de cambiar billetes por dinero metálico patrón. Unos países tenían la convertibilidad, otros no. En España la convertibilidad había dejado de existir antes de que los más viejos de hoy tuviéramos el gusto de conocerla, pero los que viajaron por Europa antes de aquella fecha tuvieron todavía ocasión de observarla en algunos países transpirenaicos.

La convertibilidad tenía por objeto mantenerse y garantizar para el público el valor metálico del dinero, conservar la paridad de éste con el patrón monetario. Mas ocurrió lo que suele ocurrir con esas garantías legales: que al llegar los momentos difíciles en que sería más necesario que funcionasen, para que los tenedores de billetes tuvieran la seguridad de que el valor de esos billetes no se convertiría en humo, los gobiernos se apresuraron a suspenderla. Han pasado 45 años; nadie ha conseguido después restablecerla.

Entonces, este mote ya inserrible ha tomado otro sentido de ambiciones más modestas. Sirve para designar la facultad de poder cambiar la moneda propia por otra extranjera cualquiera. Esa convertibilidad sí que la habían tenido todos los países, España entre ellos; la única diferencia era que los de patrón oro podían cambiar a un cambio fijo, y los otros al cambio variable del mercado. De una guerra a otra, esa convertibilidad se perdió a causa de los controles de divisas. Ya no se podía comprar a un país extranjero con divisas resultantes de vender a otro; dejó de existir el multilateralismo para pasar a lo que se llamó el bilateralismo, por el cual el comercio entre dos países quedó relegado al comercio y al cambio directos. De un golpe se retrocedieron unos cuantos siglos en el comercio internacional y perdiéronse las dos mayores conquistas resultantes del librecurso del siglo XIX: el cambio directo y la cláusula de nación más favorecida en los tratados de comercio internacionales que aseguraba la no discriminación en las relaciones con los países con que no se estaba en guerra comercial.

Dicen los economistas que el sistema monetario basado sobre el oro es el mejor, y que funcionó muy bien con convertibilidad y todo (convertibilidad de la primera clase) antes de 1913. Si la finalidad de un sistema monetario se cumple en sí misma, con realizar una idea preconcebida por los sabios, sí, el sistema funcionó bien unos 30 años (1884-1914) en las 5 ó 6 naciones grancapitalistas, en las naciones pobres y agrícolas encalló pronto, derivando a sistemas defectuosos según los sabios. Pero si un sistema monetario está hecho para servir a una economía, en los momentos propicios como en los adversos, no puede considerarse perfecto un sistema que ha hecho tan males pruebas, teniendo que renunciar a él en cuanto se han presentado dificultades sin que se haya podido restaurarlo, ni se sepa si se podrá.

El principal defecto del sistema es estabilizar la moneda en un valor fijo de oro. La fijeza en oro no interesa más que a los financieros y agiotistas. Mas no son éstos los elementos esenciales de una economía, sino los productores y los consumidores, y lo que interesa a éstos es la fijeza de valor de los artículos de producción y consumo. Nuestra economía es una economía monetaria, y no cabe duda de que así ha de ser, pues no se concibe una economía medianamente eficiente que no emplee la moneda como instrumento. Pero este instrumento no ha salido de un sistema elaborado en el caletre de los hombres de ciencia, ha nacido al azar de los tanteos históricos por encontrar un medio de cambio conveniente. Sería milagroso que ese azar nos hubiera llevado desde el primer momento a la verdad y perfección. El que la moneda se hiciese de metal y se regulase en consecuencia por el valor del oro que contiene ha sido uno de tantos azares de cuyo maleficio nos está liberando duramente una insobornable realidad, a través de múltiples avatares históricos, los más recientes de los cuales han sido la moneda de papel, el dinero bancario y la emancipación completa del dinero de su arcaica forma metálica por la muerte de la convertibilidad. Los que quieren retornar la moneda, más o menos, a lo que fue antes de 1913, y hablan de reservas aureas y de otras zarandajas por el estilo son seres retardatarios que sueñan con hacer retroceder la Historia, devanar el tiempo al revés de como lo devanan las Parcas.

El ideal de los economistas clásicos era tener una moneda neutra, una moneda que, facilitando los cambios, no alterase su resultado del que sería en un régimen de permuta. Mas el designar el oro u otra mercancía material como patrón monetario no es un hecho neutro. Desde el momento que a esa sustancia se le dé empleo efectivo, bien formando de ella la propia moneda, bien nutriendo las reservas bancarias o dándole cualquier otro uso que actúe

sobre su mercado, el efecto de ese hecho será encarecer esa sustancia, y basta que aumenten las necesidades de moneda o de reservas o los atesoramientos con respecto a su producción, o a la inversa para que la moneda tienda a encarecerse o abaratare, es decir, para que los precios bajen o suban respectivamente, desarrollándose deflaciones o inflaciones cuyos efectos sobre la coyuntura están muy lejos de ser inocuos.

Uno de los ejemplos más destacados de esto lo tenemos en ese período que, a juicio de algunos economistas, es la etapa modelo del dinero de oro. Al extenderse, después de la guerra franco-prusiana, el patrón oro por el mundo a causa de haberlo adoptado sucesivamente, por simple cuestión de prestigio, Alemania, Francia, Estados Unidos y algunos países menores, en sustitución del bimetalismo que imperó durante los siglos anteriores, el valor del oro empezó a subir y el de la plata a bajar, lo cual demuestra la influencia del empleo monetario de los metales. La gran baja de los precios en este período, que determinó grandes y prolongadas crisis, es atribuible principalmente a este hecho, que preparó indirectamente las grandes guerras de este siglo, incumbió la agudización de las luchas sociales y del revolucionarismo antisocial cuyos frutos no han tardado en madurar apenas las circunstancias han sido propicias, y no lo podían ser más los rescoldos dejados por las guerras.

La moneda de oro es la peor moneda, porque en lugar de tender a mitigar o neutralizar los efectos de las crisis, tiende a exagerar sus fases. El oro es una materia atesorable, y el hecho de ser la materia monetaria, lo que le da fácil salida en todo momento, hace más apetecible su atesoramiento. Ahora bien, el resultado de la crisis es dejar muchos ahorros sin empleo, ya que no es apetecible invertirlos en la producción en período de baja de precios. El oro tiene la ventaja, además, de que en caso de devaluación de la unidad monetaria, que es de tener si la crisis aprieta, la posesión de oro permite una importante ganancia nominal. Tanto el atesoramiento directo en monedas o lingotes, como el aumento de reservas por consecuencia de dinero ocioso en la Banca, dinero que las circunstancias no hacen propicio emplear, determinan un encarecimiento del oro, es decir, un abaratamiento de los precios oro, signo principal de la depresión, de eso que se llama ahora «deflación latente», un nuevo nombre para una vieja cosa. En cambio, en las épocas de auge en que la inversión parece apetecible, el oro sale de los escondrijos, con lo cual se estimula la tendencia alcista de los precios, la «inflación latente».

GERMAN BERNACER